

Feliz Nochebuena

Rojo, verde, oro y plata. Los colores desfilaban por la casa desde hacía varios días, llevados por una corriente de encantamiento, de disimulo, de sospechas y de presentida alegría. Era como si hubieran apresado vivo un arcoiris muy particular —¿no sería un camaleón?— que se fragmentaba, se entretejía, se dispersaba, pero dejaba su huella en todas partes. Entraba subrepticamente, sobre todo en las cintas anudadas alrededor de los paquetes y en los papeles que los envolvían, y que eran recibidos y ocultados rápidamente, vaya a saber dónde. Y se asomó varios días a través de rollos misteriosos, de moños, de cocardas, de flecos y galones que entreveíamos, apenas, cuando se abría y se cerraba en un relámpago la puerta de la sala, convertida en taller. Sólo se nos había dicho que Papá Noel llegaría en persona a la casa.

Ahora se había cerrado el comedor después del almuerzo y la cocina hervía de rumores, aromas y vapor. Laura y yo estábamos exiliadas de esos dos lugares, y todos estaban tan atareados que hasta parecían haberse olvidado de nuestra fastidiosa siesta. Por primera vez éramos prisioneras hacia afuera y no sabíamos qué hacer, como yo, algunas veces, con menos esperanzas, en otros lugares del tiempo más inhóspitos, más estrechos, más solitarios. En ese momento teníamos toda la siesta por delante, con árboles trepables a nuestra disposición, con fruta verde y madura, y tal vez hasta con la astuta serpiente reptando por las quintas o por el jardín, y no sabíamos qué hacer. ¿Acaso valía la pena entrar y escaparnos por la ventana sabiendo que nadie nos vigilaba? «Lía, ¿dónde estás?», resonaría la voz del padre, del Padre Eterno, no porque me lo preguntara verdaderamente, no porque no lo supiera, sino porque sería yo quien se habría perdido.

Nos conformábamos entonces con merodear por los alrededores, tratando de atisbar lo que ocurría en el comedor y olfateando el vaho de los

manjares que llegaba en alguna ráfaga desde la cocina. Ya habíamos agotado el repertorio de lo que se estaría haciendo en uno y otro lado, pasando por las suposiciones más absurdas, por las posibilidades más caprichosas, hasta desembocar sencillamente en «no es sopa» por acá, «no es una bandera» por allá. Ya habíamos visto desfilar desde la sala a mamá, a María de las Nieves y a tía Adelaida acarreado innumerables envoltorios inidentificables, a Daniel —mi joven, recientísimo cuñado—, con cables y caja de herramientas, a la abuela con un costurero y unas enormes tijeras, todos como conspiradores o contrabandistas, caminando casi en puntas de pie para no ser sorprendidos o para sorprender a alguien, cuando entró papá por la puerta del jardín con la valija del traficante supremo. Le dimos un beso y lo seguimos.

— ¿Qué traes en la valija, papá? ¿Qué traes? Déjanos entrar contigo — clamamos una y otra.

— Ustedes dos no pueden entrar, o no habrá fiesta. En la valija traigo la mitad —nos dijo en voz muy baja, poniendo el índice sobre los labios.

— ¿La mitad de la fiesta?. Abre la valija porque se va a arrugar.

— Muéstranos un pedacito, por favor. A la otra mitad también la tienen encerrada. Rogamos por turno.

— Ya la van a ver, cuando sea el momento. Ahora váyanse a su cuarto y duerman, como corresponde.

— No tenemos sueño —protesté yo.

— Y nadie nos dijo que nos acostáramos —agregó Laura.

— Entonces duerman de pie y sin sueño —concluyó burlonamente papá, y cerró muy rápido la puerta que había mantenido abierta apenas algo más que el tiempo de aleteo.

— ¿Qué viste? —me preguntó ansiosamente Laura.

— La fiesta —dije enigmáticamente. —Todo era rojo, verde, oro y plata —enumeré como si se tratara de un descubrimiento.

— Sí. Pero ¿qué hacían? —me apremió Laura con alguna impaciencia.

— ¿El rojo, el verde, el oro y la plata? Nada. Estaban esperando, como nosotras.

— No, boba. ¿Qué hacían ellos? Mamá y todos los demás.

— ¡Ah! Hacían luces. Todos estaban iluminados por dentro, como las lámparas, y se encendían y se apagaban.

— A mí me pareció lo mismo, pero no puede ser cierto. Vámonos de aquí. Veo, veo.

— ¿Qué ves?

¿Por qué antes me había preguntado a mí qué veía, como si ella no viera, si las dos habíamos visto lo mismo? «¿Qué viste?», «¿Qué ves?», como si yo estuviera en lo alto de un mangrullo mirando desde arriba

todos los tiempos y lugares, o como si mi vista corriera con el horizonte y mi mirada pudiera atravesar todas las envolturas, todas las sustancias, por espesas que fueran? ¡Ay, Laura, Laura!, a veces será así sólo para mi tristeza; otras, intentaré llegar hasta el fondo de alguien y sobre mí se cerrarán las aguas. Todavía estoy cayendo.

— Veo, veo —insiste, tal vez para contradecirme, tal vez para acompañarme en lo que supone que ya estoy viendo.

Seguimos jugando en nuestro cuarto al «Veo, veo». Después Pepa nos llevó el té. Recortamos ilustraciones de una desvencijada zoología y las intercalamos en el álbum de fotografías de la familia, imitamos los gritos del corral, ensayamos dormir de pie y terminamos caminando como sonámbulas, representamos la escena de Pedro y el gallo (yo era el gallo, naturalmente) y la de Alejandro el Rey y Diógenes el Can (yo era Diógenes, también naturalmente), y por último leímos algunos cuentos a los que les cambiamos el final, si no por otro más desdichado, por lo menos más imprevisible.

A las siete empezaron a interesarse por nosotras. Nos bañamos y en seguida mamá y tía Adelaida nos vistieron. A las ocho estábamos sentadas en la sala, esperando a los invitados, que no sabíamos quiénes serían, las dos vestidas de blanco desde los zapatos hasta el moño de la cabeza, pasando por las medias y los almidonados vestidos de *broderie*. Tía Adelaida dijo «Parecen dos muñecas», mientras nos acomodaba los pliegues de las amplias faldas, los brazos y las manos, como si fuéramos eso, dos muñecas articuladas dentro de dos cajas, impávidas frente al tiempo, dispuestas a no crecer, sometidas al opaco aliento del desgaste. Nos quedamos inmóviles en la vidriera dorada de la sala, haciendo esfuerzos para no parpadear. Cuando no aguantábamos más, nos inclinábamos con la espalda rígida hacia adelante, bajando los párpados muy lentamente y diciendo casi sin mover los labios «maaamá» y «paaapá», tal como Adelia y Melania, dos de mis inquietantes, aterradoras muñecas.

A las ocho y media entró en el escaparate toda la familia con los invitados y empezaron los milagros, porque eran Miguel, Luis María y Mariana, con sus padres, todos engalanados para asistir a la fiesta de los plumajes y los esplendores. Se rompió la inmovilidad y la sala se convirtió entonces en una de las vidrieras animadas de Lord and Taylor, contemplada entre lágrimas de añoranza bajo la nieve, en una lejanísima Navidad futura.

Hubo brindis, risas, bocaditos, conversaciones, silencios, suspiros: los mayores hacían tiempo como podían, sin saber que se quedaban en un cuadro que contaba con todo el tiempo de su vida.

Nosotros salimos en bandada hacia la galería para romper el marco y dejar puertas abiertas en todas direcciones.

A las nueve y media entramos en el comedor. Las puertas estaban abiertas de par en par y mostraban el lugar como enmarcándolo, justamente; no, el lugar no: el Lugar. Tal vez si yo no cubriera con mi cuerpo la abertura por donde podría mirar hacia Allá, hacia el otro lado, vería un escenario parecido. Pero mi cuerpo cubrirá esa abertura, esa posibilidad, mientras esté: es la condición. También es la defensa para que mis ojos resistan, para que todo en mí permanezca en su sitio hasta el final.

En mitad de la pared, en cada extremo de la habitación, un gran ángel dorado sostenía una torzada de apretado verdor en la que se alternaban flores, esferas, campanas, estrellas, pájaros, frutas, mariposas, hechos en cristal y en azogue de todos los colores (¿Crivelli? ¿Filippo Lippi?). Y debajo de la mesa, con un pollerón blanco recogido aquí y allá por unas hojas de muérdago, se asemeja a otro ángel que ha pisado la tierra: es el que ha venido para repartir la comunión, pero que ya está preparado para el vuelo. Querría que así hubieran volado las muchas mesas que preparé con tanto fervor para una fiesta, mesas a las que barrió después una violenta ráfaga de arena, sus manteles estrujados por una garra despiadada. Y encima de esa mesa, reteniéndola, los candelabros con las tiernas luces de las velas rojas, brillos como de lágrimas de amor, tan tiernas que lastiman, y en un rincón el árbol, esa bendita aparición que volverá una y mil veces, año tras año, en la felicidad y en la desdicha, con las palabras de Milosz:

 Mi primer árbol de Navidad, ese árbol muerto trocado en ángel
 que surge de la amarga y profunda selva,
 que surge todo encendido de las antiguas profundidades
 de la selva helada,
 y camina solo,
 —rey de los lodazales nevados—
 con sus fuegos fatuos
 arrepentidos y santificados,
 en la apacible campiña silenciosa y blanca.

Estaba allí para siempre, como todos. Y yo guardaba a cada uno en la mirada, como si supiera que guardaba para hoy su respuesta de entonces, porque ahora ya no puedo preguntarle a nadie «¿Te acuerdas?» Aunque tal vez para nadie cada cosa significó lo mismo. Tal vez yo no supiera nada de la más íntima vibración de cada uno, de este temblor, de esta desmesura sin fin donde se propagan los rumores, de estas insoportables irradiaciones de otros soles.

Las veo, manos de papá pelando las castañas calientes y partiendo las almendras y las avellanas, manos de mamá trinchanto el pavo y cortando el pan. Pondría entre ellas mi cabeza para sentir su protección durante

todas las tormentas que tuve por delante, durante todo el prado seco que aún me queda. Recuerdo: hombro fuerte de papá, regazo cálido de mamá, ojos vidriosos de la abuela. Cenizas, desgarraduras, hielo.

A las once estábamos todos en el jardín y el cielo era una fiesta, un nacimiento fosforescente. Allá se creaban mundos, satélites, estrellas y cometas. De las manos de papá, que era el gran mago, salían pequeñas oscuridades encendidas (Ven a verlas, Valerio, ven a verlas en mi recuerdo que es el tuyo, donde el mago es tu padre y todo sucede en otra parte, siempre ocho años antes), volaban hacia lo alto y se abrían en surtidores de chispas, en flores titilantes, en cascadas de pedrería. Había cabelleras, colas de pavo real, madejas y penachos, crestas de garzas, trenzas retorcidas como columnas salomónicas. Las luminarias corrían exhalando el aliento y luego se apagaban con un suspiro o con un jadeo silencioso sin alcanzar a los globos que huían, que se iban muy lejos, con una luz adentro: «Lleva mi mensaje. Llévalo. ¿A quién? Guárdalo para después, y que diga 'Te amo'. No te apagues nunca». (¿No lo pedías tú también, Valerio, cuando yo aún no estaba y tu padre creaba las luminarias de otro cielo para ti?).

Aplausos, gritos de asombro, exclamaciones de entusiasmo acompañaban cada fuga luminosa, cada chisporroteo. Parecíamos uno de esos grupos que en los viejos grabados presencian en el cielo la aparición de algún fenómeno increíble. Este también lo era. Lo celebraban hasta las ranas y los grillos.

En el haz de luz de mi linterna vi la cara de Miguel, absorto, mirando deslumbrado hacia lo alto y murmurando algo, como si rezara.

— Ahora va la última. Es una rueda catalina —anunció papá.

— No, una rueda catalina no; está hecha con cuchillos y navajas —protesté, sobresaltada, recordando la canción de Catalina, la niña mártir, condenada por su padre, que sube al cielo llevada por el ángel.

— Le mandó hacer una rueda de cuchillos y navajas, sí, sí, de cuchillos y navajas. La rueda ya estaba hecha, Catalina arrodillada, sí, sí, Catalina arrodillada —cantó Laura.

— Esta no es así —aseguró sonriente papá—. Esta está hecha de fuego para aprisionar al verdugo. Ahí va.

Y partió con un susurro, subió y giró en una fulgurante espiral vertiginosa, giró, lo envolvió, lo ató, lo encerró en una cueva cada vez más oscura y se apagó.

— Vamos —ordenó papá, terminando de acomodar su valija. —Va a ser hora de recibir a Papá Noel.

Laura y yo corrimos a disputarnos su mano libre. Ella llegó primero. Miguel tomó la carga de papá y yo pude darle una mano a cada uno.

— El cielo está bajando —dijo apreciativamente Laura, mirando las estrellas perpetuas, que en realidad parecían más cercanas.

— No dejes que pase de largo —contestó papá— Esa es Orión —y empezó a contar que era un cazador gigantesco y todo lo demás.

—Te mandé un mensaje en un globo —me susurró mientras tanto Miguel.

— A lo mejor yo también —respondí de manera casi inaudible.

— A lo mejor se fue en el mismo globo. ¿Para cuándo era el mensaje?

— No lo sé. ¿Y el tuyo?

— Para ahora. Para siempre —dijo mirando hacia adelante.

Me callé. Tal vez debí haber dicho: «El mío era para mucho después, para cuando seas otro y otro, hasta el final. Cuando seas Valerio, cuando seas todos, aunque te vayas primero».

Cuando llegamos ya estaba Papá Noel junto al árbol, esperando, con una enorme bolsa de arpillera de la que asomaban algunos paquetes.

Desfilamos para saludarlo. La barba blanca y el bigote parecían de algodón, no sólo por el color, sino por la blandura y la suavidad que sentí cuando me besó. Tuve la impresión de que María de las Nieves era excesivamente cariñosa y secreteadora con ese anciano que al fin de cuentas era un desconocido, por más que se molestara en venir desde muy lejos, y con regalos, por si fuera poco. También me extrañó que hubiera tantas risas casi incontenibles para recibirlo. ¿No le parecería una burla? Pero no, porque sus ojos pardos también eran sonrientes y las dos veces en que intentó hablar me pareció que convertía una carcajada en una tos, hasta que arrancó, con una voz muy alta, gangosa y entrecortada, voz de resfrío o voz de alguien a quien le están apretando con un broche la nariz.

— Vengo desde muy lejos y a pie, porque no había nieve para pasar con mi trineo. Tuve que dejar los renos en la casa del Sombrerero Loco para que sirvieran por lo menos para colgar los sombreros. Y las botas me aprietan, las medias me dan calor, las barbas me pican, los bigotes también, y odio este traje colorado y soy pobre y soy viejo y estoy enfermo y tengo sed y tengo hambre y me voy a sentar, aunque nadie me invite. Estoy muy cansado. Tengo hasta las orejas cansadas —y cayó desplomado en una silla, junto a la mesa. Yo nunca había oído a nadie tan quejoso y necesitado.

¿Y este era el Papá Noël que venía a distribuir regalos? Le alcanzaron una copa de *champagne* y un plato con torta y helado. Pero él se acodó en la mesa, bostezó, puso la frente entre las manos, cerró los ojos y roncó ruidosamente.

Todos reían en distintas escalas, en distintos tonos, como en caídas de agua sobre peldaños. Comentaban y festejaban cuchicheando interminablemente

por encima del ronco gorgoteo. ¿Música celestial ese monótono graznido amordazado? ¿Zumbido de abejorro aletargado en el rayo del sol? ¿Ninguna unción como la de los Reyes Magos? No hay más que sonora irisación, una turbulencia hecha por millares de maripositas doradas que giran y giran en el espacio en blanco, igual que en una ráfaga de plumas, una ráfaga viajera que flota y ondea y se va como una mano blanda, como una gasa arrastrando hacia las nubes la levisima carroza de la fiesta. Ahora da un barquinazo y se desliza rampa abajo, suave, suave, otro barquinazo y cae. «Se va a caer», ¿quién dijo? No, soy yo que me estoy durmiendo.

— Sí, sí —digo sobresaltada abriendo los ojos. Nunca estuve levantada hasta esta hora.

Todos me están mirando, con sonrisa, con asombro, con reproche, con muecas significativas ¿de qué?, con caras de sordomudos en el borde de un pozo y yo en lo hondo. También sonrió como sordomuda, confundida.

— Lía, ¿no oyes?, que vengas. Vamos a repartir los regalos —dice Laura que está de pie junto a Papá Noel, mientras éste saca paquetes de la bolsa.

Me acerqué torpemente, casi trastabillando, apoyándome en la parte de atrás de las sillas, como si saliera del agua y la tierra no fuera mi elemento natural.

— Conque durmiendo, ¿eh?, durmiendo en lugar de practicar caligrafía inglesa o las tablas de multiplicar o por lo menos algún idioma, aunque sea el lenguaje de las flores —dijo severamente el anciano con su más agudo tono nasal.

— Ella aprende dormida —replicó instantáneamente Laura—. Las dos vamos juntas, dormidas, a las clases de las palomas y a las de las abejas.

— ¡Ah sí? ¿Y qué han aprendido?

— Cuando estamos despiertas no lo sabemos —contesté rápidamente.

— Bueno, pero cuando sean grandes van a ser mensajeras o apicultoras, ¿verdad? ¿O qué van a ser?

— Moscas —proclamó estentóreamente Laura, sin vacilar, porque hacía tiempo que habíamos decidido contestar así a tan reiterada y tonta pregunta.

Pareció un poco sorprendido. Se oyó alguna carcajada y algún murmullo de reprobación.

— ¿Moscas? ¿Tú también? —y me escudriñó a fondo.

— Sí, moscas —aseguré con firmeza—. Somos hermanas, ¿no? Vamos a ser moscas argentinas.

— ¡Ah! Si es para servir al país, está muy bien. Podrán ver hacia adelante y hacia atrás —decretó encomiásticamente.

Nos entregó en seguida algunos paquetes. Cada uno tenía una preciosa tarjetita ilustrada y un espacio blanco donde había escrito un nombre. Fui-

mos y volvimos hasta terminar con todos, mientras él hacía sonar una pequeña campana exclamando «Para cada uno de acuerdo con sus méritos y sus necesidades». Cada uno, en cuanto veía lo que le había correspondido, se interesaba por lo ajeno, tal vez para comparar premios y apremios. Se oía un creciente rumor formado por voces destempladas: decepción, azoramiento, protesta, estupor, incredulidad, diversión. Mientras daba vueltas por todos los costados a la piedra gris que tenía en la mano, vi alrededor de los desconcertados poseedores de un puñado de semillas, una rama, una caja vacía, una pluma de gallo, unos granos de sal, un hueso, un carretel, un guante usado, un resorte, un ladrillo, una rosa seca. Esta había sido destinada a María de las Nieves, y provocaba en ella no sólo una expresión de tierna añoranza, sino que iluminaba y hacía florecer todo el porvenir, por lo que yo podía advertir. ¿No vi los rasguños, la sofocación por exceso de celo? Pero ¿por qué no interpretaban los regalos todos los demás? Este reparto «de acuerdo con los méritos y las necesidades de cada uno» tenía que tener algún sentido. Había que buscarle a cada don su significado especial. Y la piedra era mi apoyo y mi respuesta, tal vez. No sólo porque en algún momento clamaré con Rilke «¿Quién si yo gritara me escucharía desde los órdenes angélicos?» y «¿Somos en verdad tan angustiosamente frágiles como el destino se empeña en hacérselo creer?», sino porque será mi testigo, invariable en apariencia, el que guardará uno por uno los golpes y las fundaciones, la duración y la mudanza en cerrado misterio, y será mi cargado talismán y mi promesa de eternidad, también. Laura, no te aflijas por tus granos de sal: es tu esencia misma, la que pondrás en todo cuanto toques, y si la observas bien verás pasar por cada grano todo el universo, aunque no sepas que Blake dijo alguna vez algo semejante. Ten cuidado con ese guante usado, Miguel, que no se te pegue en la mano: tu caricia será sólo tuya, terminará en tu piel para tu solo goce, confundida con miles de caricias que te parecerán iguales, casi anónimas, pues ese guante borrará debajo de tu nombre el nombre de quien reciba tu caricia. Por favor, no mires con tanto desdén esa caja vacía, tía Adelaida, ya que en ella podrán caber todos los fantasmas, todos los recuerdos de tus siete novios muertos, hasta que llegue Reynaldo y la desarme y la arme del revés y la selle, para que en adelante esa caja sea afuera y no adentro, de acuerdo con sus leyes. Haces bien en mirar con tanta atención ese resorte, porque todo movimiento de expansión lleva a una contracción, y la elasticidad que tienes para el mal te obligará a retroceder, Luis María ¿A qué? ¿Adónde? No lo sé, no lo supe, porque desde el fondo del pasado, sobre el ondulante rumor de tantas voces, se elevó la cresta de una sola, áspera, extraña, cavernosa.

— Buenas noches, terrestres.

Me volví y allí estaba, vestido igual que el otro, sólo que su traje rojo era de papel y su barba, sus bigotes y su pelo, desordenados, eran negros, como de estopa embetunada. Sí, otro Papá Noel, pálido y desencajado. Miraba furioso a su semejante y comenzó a lanzarle palabras casi inaudibles que se ahogaban en acíbar y vinagre o se enredaban en retintas y cerradas espesuras, dejando en el aire la huella de un graznido.

— ¡Sinvergüenza! ¡Impostor! ¡Farsante! ¡Otra vez! ¡Ah, *La forza del destino!* Hasta aquí, la mala sombra. Pero no será. Esta vez, ¡no! —este «no» fue un cuchillo herrumbrado que se clavó en el cielo raso.

Papá se había levantado de su silla. Nuestro Papá Noel, que se había puesto también de pie, le hacía señas de que se calmara, mientras trataba de persuadir al otro:

— Pero no, tranquilícese. Aquí hay un error —con paciencia, pero con firmeza— ¡No, no, no! —como si con eso tachara el borbotón de inculpaciones, como si las cancelara con la «o» de este «no» y aspirara hacia abajo el cuchillo lanzado por el otro.

Los demás nos habíamos quedado en suspenso, inmóviles. Semejábamos formar parte de otro cuadro de *La bella durmiente*, de *La comida de bodas*, por ejemplo, interrumpida de pronto por un nuevo mal augurio que obligara a dormir otros cien años para contrarrestarlo.

— Ohhhhh —decía tía Adelaida, sin soltar ni hacer desaparecer la cereza que tenía entre los labios.

— ¡Qué suerte! Habrá otra vuelta de regalos, y a lo mejor estos son los verdaderos —se entusiasmó y palmoteó Laura.

— El regalo es este, ¡canalla! —bramó el recién llegado y avanzó hacia el otro mostrándole el puño cerrado y arrojándole un rayo por los ojos.

No lo calmaron. Lo sometieron porque eran dos y eran más fuertes, pero se debatió heroicamente con piernas, brazos, manos, rodillas, codos, pies y palabras insultantes propinadas como cachetadas. Era elástico, plegable, saltarín, escurridizo, puntiagudo e impenetrable como un insecto increíble. Quedó reducido al más impotente y hondo resentimiento, en el lugar donde lo presentaron. Contra el otro, yo había apostado a él aunque perdiera, porque había apostado a que perdería el mejor.

Supongo que todos habíamos sospechado quién era. Ahora no lo ignoraba ni Mariana. El traje de papel desgarrado, el bigote y la barba fuera de lugar, las mandíbulas apretadas, los ojos fulgurantes y la gesticulación exagerada no lograban hacer de él una figura cómica, ni siquiera para los tontos. Había demasiada combustión interior, demasiado fuego sombrío apenas sofocado por la flacura de la carne y la exigua jaula de los huesos para provocar diversión. ¿Acaso puede causar hilaridad una antorcha humana? Sí, eso era, sólo que hacia adentro.

— ¿Qué le pasa? Cuénteme qué le pasa. Esta es una casa de gentes honorables y yo estoy aquí de paso, cumpliendo con una misión de orden superior, cuando usted irrumpe como una catástrofe, como una demolición, y me insulta y me amenaza —decía meliflua y conciliadoramente el otro, porque para mí había dejado hacía rato de ser el «nuestro», por que el «nuestro» era ahora nuestro Nanni, el delirante huésped de la abuela, el cantor frustrado que vivía en el altillo de nuestro granero.

Este Papá Noel saltaba en ese momento de su silla y esgrimía un papel ajado que todos conocíamos y que el otro no podría ni siquiera descifrar mientras se lo acercaba a los ojos frenéticamente, como si lo fuera a enmascarar.

— Aquí está el contrato. ¿Ve? Que vengan todos y vean, que vengan los pájaros del bosque, también. Lea: Nanni Fittipaldi: tenor y actor principal, todos los papeles. Opera de Viareggio. Tutti, tutti, todos los papeles, e per sempre. ¿Comprende?

Continuó agitando el papel, pero bajó un poco el brazo, que el otro sujetó.

— Sí, sí. ¿No se lo dije? Hay un error. Un lamentable error. Usted tiene razón. Si aquí dice «Todos los papeles», también es suyo el de Papá Noel. Mi zona no es esta. Está claro. Voy a averiguar para el próximo año. Quedamos amigos, ¿no? —y le tendió la mano.

— Amici, amici —dijo con grandes dudas Nanni, balanceando la cabeza y dándole la mano con reticencia.

Papá le alcanzó su copa de *champagne*. Mamá le puso delante su plato con torta y helado, y todas las copas se colmaron para un nuevo brindis.

— Avanti, principinas —ordenó el nuevo Papá Noel y nos señaló con el índice a Laura y a mí.

Avanzamos otra vez. Recibimos de manos de Nanni los nuevos paquetes, los verdaderos, por lo que pude ver a medida que se abrían. Adornos, prendas de vestir, juguetes, libros y fulgores. Sólo cuando me quedó en la mano una caja «Para Daniel», advertí que éste no había estado entre nosotros desde la llegada del primer Papá Noel, que acababa también de desaparecer. Entendí quién era el secreto autor de todo ese manejo.

Mientras alzaba mi copa de naranjada vi a mamá de pie, frente a la ventana abierta, con su copa levantada hacia el cielo, así, como he brindado yo después, año tras año, con todos los que estaban en aquella lejana Nochebuena, como brindo contigo, Valerio, con la certeza de encontrar tu copa a través del inmenso firmamento que tiembla, tan frío, y sin embargo constelado por la presencia de la ausencia y mis lágrimas se confunden con las burbujas y me parece que suben y suben y nos humedecen las mejillas.

Olga Orozco